

Pervivencia de identidades y globalización: los nuevos retos

Julián Arroyo

Es necesario empezar por una mirada analítica sobre los términos del título para establecer, posteriormente, su relación de fondo, con algunas de las paradojas que plantean.

1. Globalización

Nos encontramos ante una situación *real* que trabaja en la construcción de una sociedad nueva y constituye ya otra de las “presencias reales”¹, que habrá que añadir a las descritas por Steiner en uno de sus libros. Silenciosamente, y de manera casi imperceptible, la lluvia globalizadora ha ido calando con gran intensidad, especialmente durante la última década, en todos los niveles de nuestra existencia. De tal manera se ha impuesto que hasta los opositores radicales a la misma utilizan un recurso elemental y básico –las redes de información- para organizar y coordinar la lucha contra ella, como se ha visto en Göteborg. Es, por tanto, una realidad que está ahí, de las que no se puede prescindir y que tampoco nos deja indiferentes.

Ante la globalización² no cabe *neutralidad* y las posiciones valorativas se presentan bien marcadas. Un ejemplo expresivo de toma de posición es el encuentro, en el mes de Junio del 2001, de tres grandes expertos, con una importante obra escrita sobre el tema, en la Residencia de estudiantes de Madrid. Alain Turaine mantuvo una visión pesimista. Como sociólogo percibe la desocialización de la sociedad a consecuencia de los procesos globalizadores. Anthony Giddens representa el optimismo: la sociedad actual tiene capacidad para reconstruirse, siguiendo la propuesta de la denominada “tercera vía”.

¹ Steiner, G., *Presencias reales*. Destino, Barcelona 1993.

² Vide: Beck, U., *Qué es la globalización*. Paidós, Barcelona 1998.

Frente a estas dos posturas antagónicas, Manuel Castells parece confiar en que la sociedad será capaz de superar el reto de los cambios sin desestructurarse, aunque son absolutamente necesarias líneas de actuación y corrección, ya que la sociedad red actúa implacablemente, absorbiendo lo que necesita y rechazando lo que le sobra. Para los tres sociólogos la confrontación dialéctica de modelos teóricos se hace inevitable. La apuesta globalizadora va en serio y nos acecha permanentemente: vivimos en una “sociedad del riesgo³”.

De la globalización habla todo el mundo, sin decir exactamente las mismas cosas. El sociólogo inglés Giddens plantea de entrada, en su *Third Way* algunas quejas, al considerar el término “poco agradable”, con aspectos que pueden ser objeto de controversia, y reducirlo la generalidad a su “dimensión económica”, cuando es una “compleja serie de procesos. Luego la describe así:

“La globalización, al menos tal como la concebiré en lo sucesivo, no es sólo, ni principalmente, interdependencia económica, sino la transformación del tiempo y del espacio en nuestras vidas”.

Y añade:

“Un mundo de comunicación electrónica instantánea, en la que están implicados todos los que viven en las regiones más pobres”⁴.

En palabras más sencillas, se trata de la organización de la economía mundial en la que el capital está concentrado internacionalmente para dominar de este modo la totalidad de la escena. La inmensa concentración de capital dirige los mercados transnacionales, obteniendo mayores ganancias y estableciendo un orden oligopólico, acaparándolo todo. Es fácil entender que las regiones más pobres no pueden oponerse a este sistema, ni tampoco los Estados, por causa de la interdependencia creada.

Giddens elimina lo económico como su contenido central, indicando que “influye directamente en el ascenso del individualismo”, frente a la tradición y la

³ *Vide*: Beck, U., *La sociedad del riesgo*. Paidós, Barcelona (1998). López, J. A. y Luján, J. L., *Ciencia y política del riesgo*. Alianza, Madrid 2000.

⁴ Giddens, A., *La tercera vía*. Madrid 1999, páginas 40-46.

costumbre, hasta alcanzar una mayor democratización. De este modo se encuentran derecha e izquierda y se superan mutuamente, dado que “la globalización, junto con la desintegración del comunismo, ha alterado los contornos de la izquierda y de la derecha”⁵.

Sus principales rasgos se encuentran en los aspectos económicos, políticos, culturales y lingüísticos en los que incide.

En *lo económico*, mercancías y capitales tienen circulación internacional o transnacional, gracias al aprovechamiento de las tecnologías que la sitúan donde sea preciso en tiempo real.

En *lo político*, los Estados nacionales quedan muy debilitados en cuanto a control, soberanía y ciudadanía. Terminan uniformándose, al igual que su autodeterminación y capacidad de gestión. ¿Podría terminar con los Estados nacionales, incluso?

Culturalmente, al tiempo que se imponen las uniformidades y la homogeneidad, se contagian las líneas de etnocentrismos excluyentes y de dominio. También se vitalizan las culturas locales y las particularidades de los pueblos multiplican las identidades: género, razas, generaciones, familias, formas de vida y creencias religiosas. En este sentido se ha dicho que puede enlazarse lo local con lo global.

Lingüísticamente se impone el inglés como lengua de comunicación por excelencia y en forma generalizada. Esto hace necesario pasar de la monolengua al bilingüismo, abriendose perspectivas nuevas y mejores.

Tomando en conjunto todos estos rasgos, algunos han considerado la globalización como la *segunda revolución capitalista*. En efecto, se trata de una *ruptura* con la economía, la política y la cultura que se venían manteniendo durante el siglo XX. Es precisamente a finales de los 80, y con la caída del comunismo –el bloque de confrontación con el capitalismo–, cuando este queda como el único sistema, extendiéndose entonces globalmente en todo el mundo, ya que el enemigo ha sido

⁵ Giddens, A., *Ibidem*, página 56.

derrotado. Es ahora cuando impone los *nuevos valores*, que da a conocer a través de los medios de comunicación.

El primer valor es el de *competencia*. Un mercado funciona autónomamente desde la perspectiva de la obtención de beneficios económicos. Para ello tiene un único mecanismo de supervivencia: competir con los otros mercados. Manda la competitividad del mercado, a la que se subordina todo. Su poder afecta incluso a los gobiernos.

El segundo valor lo establece el *mercado mundial*, a través de organismos transacionales: Banco Mundial (BM), Organización Mundial del Comercio (OMC) y Fondo Monetario Internacional (FMI). Los mercados nacionales y las empresas locales sólo pueden seguir las directrices transnacionales, fusionándose para hacerse grandes y poder entrar en la competencia. Igualmente los gobiernos nacionales deben plegarse, reduciendo el déficit, para lo que es necesario reducir gastos sociales.

Consiguientemente con lo anterior, cada vez hay *menos Estado* (incluso podría extinguirse), ya que las leyes de actuación vienen indicadas desde fuera. Por eso las desigualdades aumentan, ya que no es posible hacer una política que las ataje. Otro tipo de instituciones se encarga de la dirección.

El cuarto valor son los *beneficios* ingentes a los que se subordina todo, de donde se sigue la destrucción de la industria, la explotación de los trabajadores (especialmente de los niños), el deterioro ecológico y la mercantilización de todo⁶.

Finalmente, la *exclusión social* de todo lo que no favorezca a la economía, a la expansión comercial y a la prosperidad empresarial. Así aumenta la pobreza y las desigualdades se hacen evidentes, destruyéndose los vínculos sociales a favor del individualismo.

A nivel mundial se da un proceso gigantesco de transformación, presentándose la globalización en la forma de una ambigüedad muy calculada⁷. Por una parte –cara

⁶ Véase Rifkin, J., *El fin el trabajo, nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. Piados, Buenos Aires 1996.

⁷ Hirst, P. Y Thompson, G., *Globalization in Question*. Polity Press, Cambridge, 1996.

positiva- se ofrece como la perspectiva de futuro: mercados abiertos, competitividad, promueve las exportaciones, atrae inversiones y capitales, establece la intercomunicación a todos los niveles, democratiza la información y el conocimiento, pone todo en la red⁸ a disposición de quienes quieran usarlo.

Por otra –imagen más antipática y negativa-, se introduce en la legislación laboral, comercial y financiera, tratando de transformarla a favor del capital. Acaba cuestionando las prestaciones e inversiones sociales y con su gran potencialidad económica inclina en su dirección a gobiernos y Estados, primero, y a la opinión pública, después, gracias al dominio mediático⁹ de que dispone. Todo esto es presentado como la contribución inevitable para la pervivencia del progreso y la modernización. No sólo determina la que pueden hacer los gobiernos de los distintos países, sino lo que es más grave, lo que deben hacer, incluso.

Ante este panorama, algunos textos clásicos del pensamiento marxista sobre el modo de producción capitalista siguen teniendo validez en su diagnóstico. Veamos unos ejemplos.

Ejemplo 1. En *El Manifiesto...* se lee que “mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran pesar de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional... En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material como a la producción intelectual”¹⁰.

Ejemplo 2. “Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación (la burguesía) obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción,

⁸ *Vide*: Cebrián, J. L., *La red, cómo cambiaron nuestras vidas las nuevas tecnologías de comunicación*. Tecnos, Madrid 1998.

⁹ *Vide*: Sartori, G., *Homo videns, la sociedad teledirigida*. Taurus, Madrid 1998.

¹⁰ Marx/Engels, *Obras escogidas*, Tomo I. Akal, Madrid 1975, páginas 25-6.

las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza”¹¹.

Ejemplo 3. “Cada capitalista liquida a otros muchos. Paralelamente a esta concentración, o a la *expropiación de muchos capitalistas por pocos*, se desarrollan en escala cada vez más amplia... el entrelazamiento de todos los pueblos en la red del mercado mundial y, con ello el carácter internacional del régimen capitalista. Con la disminución constante en el número de los magnates capitalistas que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de trastocamiento, se acrecienta la masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación”¹².

Ejemplo 4. “El comercio ya no se presenta aquí como una función que tiene lugar entre producciones independientes para el cambio de su excedente, sino como un presupuesto esencial omnicomprensivo y como un momento de la producción misma”¹³.

En conclusión, las circunstancias con las que nos encontramos determinan nuestro modo de hacer la historia, como afirmarían tanto Marx como Ortega y Gasset.

2. Identidades

Todo ser humano existe cuando es reconocido como tal a través de los rasgos que lo forman: tiene un nombre, una lengua, una cultura con las que se identifica y por las que se distingue de los otros, que, a su vez, cuentan igualmente con caracteres suyos y no nuestros. Hablamos de ‘nuestra’ lengua, de ‘nuestra’ religión, de ‘nuestra’ historia o de ‘nuestra’ civilización. Nos identificamos tanto más con lo nuestro cuanto que conocemos otras civilizaciones diferentes, que exigen también ser reconocidas. Quizás el etnocentrismo cultural sea, en cierto modo, inevitable y sólo puede superarse con la presencia del multiculturalismo.

¹¹ Marx/Engels, *Obras escogidas*, Tomo I. Akal, Madrid 1975, páginas 26.

¹² Marx, K., *El capital*, libro I, sec. VII, cap. XXIV. Crítica, Barcelona 1997

¹³ Marx, K., *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*. Crítica, Barcelona 1997, página 358.

Nacemos y vivimos en un *contexto social* determinado en cuyo ámbito están presentes los elementos anteriores, a partir de los cuales *construimos* la identidad¹⁴, que es biográfica e histórica a la vez. No es que el individuo posea un rasgo que le distinga de los otros individuos, sino que el yo es un proyecto de vida que hace y le pasan cosas, dándose cuenta de lo que hace y de porqué lo hace. No se puede vivir sin el pensamiento (Platón). Las capacidades personales hacen posible la incorporación de elementos generales. El individuo se ve obligado a elegir entre opciones, especialmente cuando ocurren cambios y las tradiciones pierden vigencia. Como sintetiza Giddens: “la planificación de la vida organizada de forma reflexiva... se convierte en el rasgo central de la estructuración de la identidad propia”¹⁵. Se comprende el peligro que representan las uniformidades como modelo de organización de la vida, porque sin opciones la reflexión no se da, ni tampoco la construcción de la identidad, que es una necesidad básica de los seres humanos.

Tanto en el tema de la construcción de la identidad como en la necesidad de superar el etnocentrismo ha surgido la cultura como elemento clave en el ser humano. En efecto, la cultura es su patrimonio y el indicador de una colectividad. Hoy los estudios culturales nos han permitido descubrir otras culturas y sus relaciones mutuas. Estamos ante el *multiculturalismo* que nos empuja al reconocimiento de las identidades plurales y a las diferencias, que hacen posible confrontar opciones de vida. En el fondo de la identidad está la idea de cultura, lo que se expresa en la “identidad cultural”.

¿Qué es la *cultura*? Más que su establecer su naturaleza, creo que interesa considerar alguna de sus funciones. La más elemental es la *capacitación* a los individuos de una sociedad para entender y elegir entre las distintas opciones. Sin esto no podrían desarrollarse. Además, crea sentimientos comunes de *unidad* en los sujetos. También da *sentido* a los acontecimientos y a las acciones. Finalmente, el entorno de la cultura constituye un imprescindible punto de *referencia* para la formación del carácter. Taylor la describe como un tintero mediante el que los sujetos van escribiendo su autobiografía moral. Por eso, quebrar una cultura es lo mismo que destruir la dignidad

¹⁴ Véanse: Colom, F., *Razones de identidad*. Anthropos, Barcelona 1998. Giddens, A., *La transformación de la identidad*. Cátedra, Madrid 1996.

¹⁵ Giddens, A., *Modernidad e identidad del yo*. Ediciones. 62, Barcelona 1995, página 5.

moral de esos seres humanos. Pues bien, las cuatro funciones citadas tienen una relación directa con las identidades y las configuran.

Sobre lo último no todos están de acuerdo. Como ejemplo valdría un texto de J. Stuart Mill, que resulta muy discutible. Mill rechaza, ciertamente, que un pueblo “bárbaro” colonice a otro “civilizado”, aunque sí acepta lo contrario, precisamente porque gana la misma civilización. Este es su fragmento:

“Nadie puede dudar que no sea más ventajoso para un bretón o para un vasco de la Navarra francesa ser arrastrado en la corriente de ideas y de sentimientos de un pueblo altamente civilizado y culto –ser miembro de la nacionalidad francesa- que vivir adheridos a sus rocas, resto semisalvaje de los tiempos pasados, girando sin cesar en su estrecha órbita intelectual, sin participar ni interesarse en el movimiento general del mundo”¹⁶.

Castells¹⁷ (1998: 30-32) propone una interesante distinción entre las identidades. La primera es la *identidad legitimadora*, mediante la cual se trata de justificar el dominio de las instituciones, racionalizando la autoridad. Esta identidad genera una sociedad que se identifica con los aparatos del poder del Estado, aunque no faltan conflictos.

La segunda es la *identidad de resistencia*, que se opone a la moral dominante en una sociedad y lucha contra los valores institucionales por defender principios diferentes. Genera comunidades que resisten colectivamente a la imposición oficial, estableciendo fronteras que delimitan su propia identidad excluida por el aparato de dominio.

La tercera es la *identidad proyecto*, que construye una nueva identidad, transformando la que está vigente. Ésta produce sujetos, es decir, personas capaces de dar sentido a la vida y reafirmarse a sí mismos.

¹⁶ Stuart Mill, J., *Del gobierno representativo*. Tecnos, Madrid 1985, página 188.

¹⁷ Castells, M. (1998), *La era de la información. Vol. 2. El poder de la identidad*. Alianza, Madrid. 1996 Vol. 1. *La sociedad red*, páginas 30-32.

Por último, en las décadas finales del siglo XX, han adquirido carta de ciudadanía múltiples identidades, como las de género, étnicas, generacionales, profesionales, religiosas, nacionales, etc., y ya son reconocidas sin mayores problemas.

3. Dialéctica identidad/globalización.

Mientras que la organización económica capitalista va introduciendo en los Estados mundiales sus estilos de actuación, se produce paralelamente el sorprendente fenómeno del nacimiento de redes de resistencia. Hay que preguntarse por las razones de semejante hecho.

De una parte, el fenómeno de la globalización uniformiza¹⁸ las formas de vida y produce una mayor *homogeneidad cultural*, extinguendo la diversidad. De otra, surge un fuerte intento de reivindicación de lo culturalmente propio, que no puede desaparecer, y de las comunidades particulares de vida. De este modo, en la medida en que avanza la globalización resurge con más fuerza el poder de la *identidad* y la reivindicación de lo *local* como una forma de no resignarse a la lógica de la homogeneización, afianzando *lo diverso*, que es reconocimiento y cultivo de las diferencias individuales y culturales. De aquí la exigencia política y educativa de atender al multiculturalismo. Constituye toda una respuesta al desafío de la globalización.

Parece difícil detener el proceso descrito porque incide en la raíz de lo humano y en su dignidad. Igualmente es imposible, por contradictorio con su propia lógica, poner un rostro (humano) a la globalización. Por eso se mantiene una tensión dialéctica de oposición y reacción que puede concluir en un nuevo proyecto de vida, superando la lógica del dominio. Su fundamento está en el sentimiento de la identidad oprimida que reacciona defendiéndose del ahogo que le impide vivir, creando refugios de solidaridad. Si se encierra en ellos, en lugar de abrirse proyectivamente, sucederá lo que Castells apunta con expresión certera: “un proceso que quizás transforme los paraísos comunales

¹⁸ Vide: Ritzer, G., *La McDonalización de la sociedad: un análisis de la racionalización en la vida cotidiana*. Ariel, Barcelona 1996.

en infiernos celestiales”¹⁹. Ahora bien, si esto ocurriera, quien lo ha provocado habría de reconocer su buena parte de culpa en lugar de responder en la única forma del empleo de la violencia legal.

La tensión pone de manifiesto lo que está en juego, el *reconocimiento* de las identidades de los individuos con sus sentimientos y preferencias en un contexto cultural. La cultura es un bien social irreductible. Según Castells, “nuestra identidad está parcialmente moldeada por el reconocimiento o por su ausencia”²⁰. Que otros conozcan quiénes somos y de dónde venimos se convierte en una necesidad humana vital. Esto sucede en la relación dialógica con los otros²¹, que igualmente exigen ser ellos mismos, sin que nadie les imponga lo que deben ser.

Es precisamente en la actualidad cuando el reconocimiento se presenta como problema, porque el dominio alcanza niveles nunca conocidos. Antiguamente, la *polis* y después la patria o la nación honraban públicamente a sus ciudadanos y celebraban sus hazañas con magníficas fiestas. Más modernamente, el Estado es el vínculo de integración social. Ahora la tensión se plantea entre el *universalismo* y la *diferencia*. En las declaraciones de derechos se reconoce la igual dignidad de todos los seres humanos, pero resulta menos claro el reconocimiento, también, de las diferentes identidades. Sin embargo, no puede darse lo uno sin lo otro: “sólo concedemos el debido reconocimiento a lo que está universalmente presente –todo el mundo tiene una identidad- mediante el reconocimiento de lo peculiar de cada uno”²². Igualdad de dignidad (Kant) e igualdad de respeto a todas las culturas, fomentando, incluso, las particularidades.

La multiculturalidad es un hecho innegable en todas las sociedades y lo razonable es aceptarlo, enriqueciéndose con sus valores. Esto exige el reconocimiento de las mismas. Vistas las cosas desde la totalidad de la historia, la contribución de una cultura determinada –por importante que pueda ser- será siempre muy limitada.

¹⁹ Castells, M. (1998), *La era de la información. Vol. 2. El poder de la identidad*. Alianza, Madrid. 1996 Vol. 1. *La sociedad red*, página 90.

²⁰ Castells, M. (1998), *La era de la información. Vol. 2. El poder de la identidad*. Alianza, Madrid. 1996 Vol. 1. *La sociedad red*, página 90.

²¹ Véase: Habermas, J., *La inclusión del otro*. Paidós, Barcelona 1999.

²² Tylor, Ch. (1997), *Argumentos filosóficos*. Paidós, Barcelona 1997, página 305).

Hay quien dice que la globalización tiene una cara absolutamente aceptable, la difusión del saber, haciendo accesibles globalmente los conocimientos a todos. Pero, incluso en esto, el abismo entre la riqueza y la pobreza se hace evidente. Sin la equidad real, no es fácil el acceso a los medios tecnológicos que extienden el conocimiento y lo socializan, además de la necesidad de manejar una lengua determinada y contar con una formación que permita recoger y ordenar los datos que se ofrecen. Luego se requiere libertad intelectual, imposible para quienes se encuentran colonizados económicamente.

¿Qué hacer ante la globalización? Sólo existen dos alternativas posibles: o bien el gran rechazo, o bien ordenarla para evitar sus efectos perversos. Es común la coincidencia en que está ahí, su presencia no se elimina con la simple negación. Lo razonable sería organizar y ordenar esta nueva realidad para evitar los desequilibrios que va estableciendo. Esto requiere una política activa.

4. Incidencia de la globalización en el Estado nacional y la democracia.

La *nueva* sociedad que está formando el proceso de mundialización presenta su carácter de cambio radical cuando incide en la institución paradigmática de la revolución industrial, que es el Estado-nación. En el momento mismo en que éste quede cuestionado y debilitado, perdiendo su poder, la sociedad del siglo XXI será distinta. La situación de bienestar creada es el elemento fundamental de su legitimidad. Desaparecida la conciencia nacional, iremos obligatoriamente a lo que Habermas ha denominado *constelación posnacional*. Esto es lo que puede suceder en el tercer milenio: “La globalización económica constituye el principal desafío para el orden político y social surgido en la Europa de posguerra”²³. Pues bien, esto ya está sucediendo.

En la actualidad, los objetivos económicos de un Estado priman sobre los políticos y sociales. Entonces desaparece el Estado social que integraba a los ciudadanos nacionales, al no tener ya el compromiso de acción en esta línea, traspasándolo al marco de organizaciones transnacionales. Estamos en una situación de

²³ Habermas, J., *La constelación posnacional*. Paidós, Barcelona 2000, página 70.

crisis del Estado nacional. Cuando las relaciones se plantean a escala planetaria, el Estado nacional pierde soberanía y, en el mejor de los casos, será superado.

Desde el siglo XVIII, Estado y Nación quedaron integrados. El Estado era un poder soberano con un territorio y un pueblo. La Nación era una comunidad política con su lengua propia, su cultura y su historia. El Estado nacional lleva dos siglos de existencia, pero la mundialización lo convierte en algo del pasado porque la desnacionalización es un hecho. ¿Qué futuro le aguarda cuando el multiculturalismo le cuestiona interiormente y la globalización exteriormente? Ahora la solidaridad entre los ciudadanos de un Estado no basta, debe hacerse mundial porque desaparecen las fronteras. ¿Cómo garantizar la nueva integración social equilibrada, desafiada por la competitividad?

Los Estados nacionales crearon bienestar social²⁴, estableciendo normas de legitimidad e integrando a los ciudadanos mediante su participación solidaria, cuyo objetivo era la libertad y la equidad. En una mundialización posnacional, ¿podría mantenerse también la *democracia*? ¿Dónde y cómo se integrarán las nuevas subclases, fruto del desempleo creciente? ¿Se establecerán nuevas identidades colectivas o se impondrá el individualismo creciente desde sus propias trincheras? En la medida en que todo se va privatizando, las identidades compartidas tienden a disolverse. En este caso, la democracia puede entrar en crisis, debatiéndose entre unas estructuras económicas con un poder como nunca en la historia y los movimientos sociales de resistencia, junto con los proactivos, empeñados en modificar las relaciones humanas y las formas de vida. Tales movimientos se encuentran al margen de los centros del poder, aunque constituyen la mejor expresión del “poder de la identidad”. Acaso por sus cauces podrá reconstruirse la democracia, garantizando los derechos colectivos fracturados por el individualismo y las tendencias políticas en pro de la privatización.

²⁴ Véase: Navarro, V., *Neoliberalismo y estado del bienestar*. Ariel, Barcelona 1999.